

ALBERTO BLANCO
CUATRO POEMAS

¿Y de quién se trata?
preguntaban las criaturas
con los ojos encendidos...

I

Con la luna entre las cejas, con su paciencia, con las ágatas que guiñan y lo saben: una vez más, río de peces, árbol del cielo, son hojas que nunca volverán... criaturillas que encuentran su destino en el borde anaranjado del mantel.

Duerme, pero ya despierta, ya la serpiente parte en dos el horizonte: es un sol que baila en la pura línea de la muerte y del nacimiento. Es necesaria su punta de flecha para animar a los miembros ociosos.

Altas aves en las alas y curva de pensamientos bajo el brazo; con ellos construyo este tejado que me protege de las lluvias.

Hay una estrella que se enciende porque el Padre lo quiere.

II

Recuerdo la escalera, la negra, su paso de barco ebrio en las pálidas alfombras de ceniza, y seguramente atrás, el sombrero blanco sobre lentes negros: son contrastes que sustituyen a las fotos.

Un cielo mejor que el hierro, mejor que el concreto deslavado, un aire nuevo y sin embargo... lengua de algodón, este silencio que entusiasma, que prende un halo voluntario alrededor de los velices.

En necesario este campo de plumas, el humo que hace llorar los ojos: plumas atómicas y verde corazón. Está la Madre sentada o de pie, custodiando las puertas del aeropuerto, mientras el loco sube las escaleras.

Nada importa al estupendo bailarín que hace girar los corazones con una cuerda muy antigua. Busca el fondo del avión para recuperar con su sueño el mundo de los sentidos y el de los resentidos.

III

No tiene la vida nada mejor que esta hora de clara frescura en que juntos desayunamos sobre el mar de nubes. Barcos de vapor que sin ángeles propicios hallan su rumbo, que levantan acordes en el cielo justo a la altura del médico interior.

Uno y otro sin otra pretensión que dar la mano, cruzar esa fragancia que dobla los sauces sobre el río. Colcha de claridad donde las vacas lentamente se disuelven, y ese caballo que sacude las alas, ese sudor que no puede confundirse en el espejo.

Gracias por la tierra, por el agua que se agita en el corazón. Después de que todos han abandonado el pasillo, ella aparece: trae las luces prendidas.

El camino es una cinta de palabras entre nubes de sentimentales. Ha pasado el dragón quemando las hojas nuevas de los árboles. Hay estrellas que dulcemente se balancean y no saben salir del laberinto. El toro y el deseo se dan la mano: ya la vasija recobra su batalla, su perfume.

IV

Cada tunel es un descanso; la oscuridad sella las imágenes portentosas de la sierra madre: nacimiento perpetuo, pronta muerte.

Sigo la voz del tren que nunca cesa, mientras los rancheiros se limpian el sudor y las viejas americanas retocan los labios incololoros. Esta vía que logra dar la vuelta a la montaña, desciende gravemente y por fortuna, hacia los valles más a tono con mi espíritu, que recibe el perfil de sombra recortado con la misma gratitud con que vivió las puntas.

Fortalezas que quitan el aliento, y en la raja sin final el vaho silencioso, la rosa de los vientos labrando su destino.

Llegar es morir un poco, y mucho más si aquí quedara... sé muy bien que no es el sitio, que no vale la pena gastar tinta en este espacio, por más que el alimento no fue malo ni la noche muy ruidosa.

